

APUNTES PARA LA HISTORIA DE LA PINTURA EN JALISCO (IV)

Por MAGDALENA GONZALEZ CASILLAS

GRAN PARTE DE LA obra pictórica de los artistas populares que salvaguardaron para la posteridad momentos preciosos de la vida de antaño, ha permanecido anónima. En el caso de los temas religiosos se debió al recelo del pintor, ante la censura eclesiástica que podía tachar de obscenas o irrespetuosas las imágenes, el que se dejaran los lienzos sin firmas. Además, no era la Iglesia la única que cuidaba de la moralidad plástica, ya que el poder civil vigilaba celosamente la decencia de las obras que serían presentadas al público, según se aprecia en el Decreto emitido por el Gobierno Superior del Departamento de Jalisco, que copiamos a continuación:

“Se halla informado este gobierno de que, para la próxima feria, se prepara la introducción en esa villa de pinturas obscenas é indecentes y libros inmorales é irreligiosos. En tal supuesto y teniendo presente este mismo gobierno las diversas disposiciones del supremo gobierno nacional, sobre la materia, expedidas por circular en el ministerio de gobernación comunicadas ya á las autoridades del Departamento, y por las que se prohíbe terminantemente la circulación de los expresados libros irreligiosos y estampas indecentes; ha acordado prevenir á V., bajo de su más estrecha responsabilidad que obrando de acuerdo con el Sr. cura párroco de ese lugar (San Juan de los Lagos), procure por cuantos medios estén á su alcance y con la más celosa actividad, impedir la introducción y venta de los repetidos efectos que tantos males acarrearían á la moral y religión santa que profesamos.

Dios y Libertad. Guadalajara, Noviembre 21 de 1854. —Ortega, secretario.— Sr. Sub-prefecto de San Juan de los Lagos”. (Colección de Leyes del Estado de Jalisco, t. XIII, p. 285).

Otras causas del anonimato eran la premura con que había que realizar cada pintura por las urgencias del cliente, tanto como por las del bolsillo, siempre escaso de monedas, del artista. Había que pintar de carrera, sin detenerse a pulir, lo que hacía defectuosa la obra, no constituyendo así ningún timbre de gloria para el autor. Lo delataba, sin embargo, la caligrafía de la leyenda que por lo regular acompañaba al cuadro.

Las firmas, en cambio, eran constantes entre los pintores academicistas, orgullosos de sus retratos e imágenes en las casonas de la burguesía criolla, en los templos importantes o en los establecimientos comerciales, sobre todo en las boticas, porque constituían la única publicidad factible en su profesión, antes de que existieran en Guadalajara las exposiciones de pintura.

Así, entre aquellos que firmaron sus lienzos estuvo el tapatío Salvador Agraz que retrató a Jesús y José López Portillo, en la década de los ochentas, lo que, sin embargo, no lo sacó de pobre pues se vio en la penosa necesidad de rifar un cuadro que representaba al Angel Anunciando la Resurrección de Jesucristo, lo que indica que la clientela escaseaba a pesar de la publicidad que en los altos círculos sociales debería haberle dado el pintar a un ex gobernador y a su hijo mimado, que sería, posteriormente, también mandatario en la Entidad.

Otros prefirieron el mecenazgo más garantizado de la Iglesia, como los hermanos Leocadio y Luis Jontán, quienes

pintaron al óleo los murales que recubrían la Capilla del Santo Entierro, en el desaparecido templo de La Soledad, donde ahora se yergue la Rotonda de los Hombres Ilustres. Ambos murieron muy jóvenes, sin alcanzar la madurez creativa.

Tirso Martínez ejecutó las pinturas alegóricas de María Santísima para la Capilla de la Purísima, en Catedral. Su habilidad con los pinceles lo llevó a copiar una Virgen de Murillo con tal rapidez y calidad que el canónigo penitenciario del citado templo lo invitó a hacer un viaje a Europa en su compañía. Murió en Colima, un mes después que su protector, el 22 de mayo de 1881.

Hubo quien se acogiera de lleno al claustro, como el capitalino Amado Castro, retirado del mundanal ruido en el convento zapotano. Desde su celda tranquila, dedicado a la contemplación y los oficios propios de la seráfica orden, pintó, en místico arrebatado, imágenes de María.

Jesús Lomelín se dedicó al muralismo, culminando su obra con las elegantes pinturas que recubrieron los muros del Casino Cosmopolita de Guadalajara, ciudad en la que vio la luz primera en 1833.

Tiburcio Miranda se dedicó a la pintura escenográfica y Florentino Miranda cultivó la miniatura, como los frailes medioevales.

José Pamplona, originario de Colima, estudió con Felipe Gutiérrez y en sus cor-



tos 22 años de vida pintó, entre otros, el retrato del arzobispo Espinoza y Dávalos y el del Sr. Juan José Matute, conservado por la familia Cañedo. Murió en la ciudad de México, en 1867.

José María Rodríguez combinó las actividades militares y agrícolas con su afición por la pintura, la cerámica y la disección de animales en su casa de San Pedro Tlaquepaque. Había nacido en Cuquío, en 1829.

Timoteo Ramírez, nativo de Guadalajara, fue un magnífico acuarelista, igual que Eduardo Villaseñor, quien además cultivó la perspectiva, dejando las que formaban el fondo de los altares laterales de la Iglesia del Carmen, desaparecida con la apertura de la calle Juárez.

Gabriel Zelayeta se dedicó al dibujo, la acuarela y la caricatura, aunque no vivía de estas actividades.

El tapatío Miguel Gárate estudió en París, lujo que pocos podían darse tanto entonces como ahora, teniendo como maestro a Paul de la Roche y después pasó a Roma donde recibió clases del director de la Academia Pontificia, Giovanni Silvagni. Fue un buen dibujante y nada más. Su hijo Mariano, ingeniero de profesión, resultó aventajado dibujante y acuarelista.

De José Nieto se conoce el retrato que hizo del gobernador Pedro A. Galván.

En Lagos de Moreno destacaron Refugio Castillo, quien ejecutó el retrato del párroco local, Miguel Colmenero, para la parroquia de su jurisdicción; y el arquitecto y pintor Ignacio Portugal, a quien se deben una vista de Lagos, adquirida por el sabio doctor Agustín Rivera y varios cuadros religiosos que se conservan en colecciones particulares.

La litografía

Este arte menor contó con numerosos cultivadores durante la pasada centuria, siendo el más representativo Gonzalo Ancira quien, aunque originario de Coahuila, llegó a establecerse en Guadalajara con su familia, en 1865, bajo la protección de Dionisio Rodríguez, y aquí se quedó por el resto de sus días, pudiendo decirse que su labor fue parte de nuestra historia.

En un viaje que hizo a los Estados Unidos adquirió técnicas nuevas, con las que en su imprenta litográfica se convirtió en una de las mejores del país. A lo largo de su vida profesional ganó varios premios en diversas exposiciones.

Entre sus principales trabajos cabe citar el retrato de Sebastián Lerdo de Tejada, de tamaño natural; la Corona Fúnebre de su amigo Dionisio Rodríguez; y los dibujos de la Carta Sincronológica de la Historia Universal, realizada en 1882.

Además de excelente litógrafo fue un magnífico dibujante.

Juan Altamirano y Alcalá nació en Guadalajara, en 1853. Litógrafo de profesión se radicó en la ciudad de México, donde realizó la mayor parte de su obra.

El tapatío Teófilo Loreto se especializó en la ejecución de planos y mapas, entre los que se contaron el Mapa de Jalisco, hecho en 1869, año en que también elaboró el Mapa de la República. Con anterioridad había dejado el Plano de Puebla, durante el sitio de 1862; un Plano de Guadalajara, original, en 1863 y fue, asimismo, el autor de todos los planos de la obra de José María Vigil y Juan B. Híjar y Haro que se tituló Ensayo Histórico del Ejército de Occidente, publicado en la ciudad de México, en 1871.

José María Blancarte fue discípulo de Loreto, en tanto que Luis G. Vázquez lo fue de Ancira.

Adrián Gómez nació en Zapotlán el Grande, pero realizó su trabajo en Teocaltiche, donde fijó su residencia.

Otros litógrafos de menor importancia fueron, por aquellos días, Faustino Loreto, hijo o hermano de Teófilo, quien acabó radicando en Guanajuato; José María Plascencia y Alberto Rodríguez.

Apuntes
para
la Historia de
la Pintura
en Jalisco IV